

La Suave Patria es por ello un poema doblemente revolucionario: primero, porque obliga a mirar al país con los nuevos ojos de la Revolución, democratizando el modo como debemos hablarle. Segundo –y más importante aún–, porque este redescubrimiento de México, esta declaración de amor tiene lugar a través de un poema de largo alcance, cuya retórica no se limita al reflejo inmediato de una ideología. Con López Velarde, la patria vuelve a ser ciudadana, camarada y compañera, no la madrastra rígida y autoritaria en que la habían convertido “treinta años de paz y descanso material”.

Vicente Quirarte

RAMÓN LÓPEZ VELARDE/VICENTE QUIRARTE

La Suave Patria Ramón López Velarde

La patria
con cuerpo de mujer
Vicente Quirarte



¡Fuerte,
Coahuila)es! SC SECRETARÍA
DE CULTURA

© Ramón López Velarde
© Vicente Quirarte
© Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
© Secretaría de Cultura de Coahuila

Edición y diseño: Alejandro Beltrán
Portada: Retraro de Ramón López Velarde/
Mediateca del Instituto Nacional de Antropología e Historia

Esta plaquette digital forma parte de las conmemoraciones por el centenario luctuoso del poeta Ramón López Velarde.

Su descarga es gratuita y sin fines de lucro.

La Suave Patria
Ramón López Velarde



La patria con cuerpo de mujer
Vicente Quirarte

La Suave Patria

Ramón López Velarde

Proemio

Yo que sólo canté de la exquisita
partitura del íntimo decoro,
alzo hoy la voz a la mitad del foro,
a la manera del tenor que imita
la gutural modulación del bajo
para cortar a la epopeya un gajo.

Navegaré por las olas civiles
con remos que no pesan, porque van
como los brazos del correo chuan
que remaba la Mancha con fusiles

Diré con una épica sordina:
la Patria es impecable y diamantina.

Suave Patria: permite que te envuelva
en la más honda música de selva
con que me modelaste por entero
al golpe cadencioso de las hachas,
entre risas y gritos de muchachas
y pájaros de oficio carpintero.

Primer acto

Patria: tu superficie es el maíz,
tus minas el palacio del Rey de Oros,
y tu cielo, las garzas en desliz
y el relámpago verde de los loros.

El Niño Dios te escrituró un establo
y los veneros del petróleo el diablo.

Sobre tu Capital, cada hora vuela
ojerosa y pintada, en carretela;
y en tu provincia, del reloj en vela
que rondan los palomos colipavos,
las campanadas caen como centavos.

Patria: tu mutilado territorio
se viste de percal y de abalorio.

Suave Patria: tu casa todavía
es tan grande, que el tren va por la vía
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones,
con tu mirada de mestiza, pones
la inmensidad sobre los corazones.

¿Quién, en la noche que asusta a la rana,
no miró, antes de saber del vicio,
del brazo de su novia, la galana
pólvora de los fuegos de artificio?
Suave Patria: en tu tórrido festín
luces policromías de delfín,
y con tu pelo rubio se desposa
el alma, equilibrista chuparrosa,
y a tus dos trenzas de tabaco sabe
ofrendar aguamiel toda mi briosa
raza de bailadores de jarabe.
Tu barro suena a plata, y en tu puño
su sonora miseria es alcancía;
y por las madrugadas del terruño,
en calles como espejos, se vacía
el santo olor de la panadería.
Cuando nacemos, nos regalas notas,
después, un paraíso de compotas,
y luego te regalas toda entera,
suave Patria, alacena y pajarera.
Al triste y al feliz dices que sí,

que en tu lengua de amor prueben de ti
la picadura del ajonjolí.

¡Y tu cielo nupcial, que cuando truena
de deleites frenéticos nos llena!

Trueno de nuestras nubes, que nos baña
de locura, enloquece a la montaña,
requiebra a la mujer, sana al lunático,
incorpora a los muertos, pide el Viático;
y al fin derrumba las madererías
de Dios, sobre las tierras labrantías.

Trueno del temporal: oigo en tus quejas
crugir los esqueletos en parejas,
oigo lo que se fue, lo que aún no toco
y la hora actual con su vientre de coco,
y oigo en el brinco de tu ida y venida,
oh trueno, la ruleta de mi vida.

Intermedio (Cuauhtémoc)

Joven abuelo: escúchame loarte,
único héroe a la altura del arte.
Anacrónicamente, absurdamente,
a tu nopal inclínase el rosal;
al idioma del blanco, tú lo imantas
y es surtidor de católica fuente
que de responsos llena el victorial
zócalo de cenizas de tus plantas.
No como a César el rubor patricio
te cubre el rostro en medio del suplicio;
tu cabeza desnuda se nos queda,
hemisféricamente, de moneda.
Moneda espiritual en que se fragua
todo lo que sufriste: la piragua
prisionera, al azoro de tus crías,
el sollozar de tus mitologías,
la Malinche, los ídolos a nado,
y por encima, haberte desatado

del pecho curvo de la emperatriz
como del pecho de una codorniz.

Segundo acto

Suave Patria: tú vales por el río
de las virtudes de tu mujerío;
tus hijas atraviesan como hadas,
o destilando un invisible alcohol,
vestidas con las redes de tu sol,
cruzan como botellas alambradas.
Suave Patria: te amo no cual mito,
sino por tu verdad de pan bendito,
como a niña que asoma por la reja
con la blusa corrida hasta la oreja
y la falda bajada hasta el huesito.
Inaccesible al deshonor, floreces;
creeré en ti mientras una mejicana
en su tápalo lleve los doblesces
de la tienda, a las seis de la mañana,
y al estrenar su lujo, quede lleno
el país, del aroma del estreno.
Como la sota moza, Patria mía,
en piso de metal, vives al día,

de milagros, como la lotería.
Tu imagen, el Palacio Nacional,
con tu misma grandeza y con tu igual
estatura de niño y de dedal.
Te dará, frente al hambre y al obús,
un higo San Felipe de Jesús.
Suave Patria, vendedora de chía:
quiero raptarte en la cuaresma opaca,
sobre un garañón, y con matraca,
y entre los tiros de la policía.
Tus entrañas no niegan un asilo
para el ave que el párvulo sepulta
en una caja de carretes de hilo,
y nuestra juventud, llorando, oculta
dentro de ti, el cadáver hecho poma
de aves que hablan nuestro mismo idioma.
Si me ahogo en tus julios, a mí baja
desde el vergel de tu peinado denso
frescura de rebozo y de tinaja,
y si tiritó, dejás que me arroje
en tu respiración azul de incienso

y en tus carnosos labios de rompopo.
Por tu balcón de palmas bendecidas
el Domingo de Ramos, yo desfilo
lleno de sombra, porque tú trepidas.
Quieren morir tu ánima y tu estilo,
cual muriéndose van las cantadoras
que en las ferias, con el bravío pecho
empitonando la camisa, han hecho
la lujuria y el ritmo de las horas.
Patria, te doy de tu dicha la clave:
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;
cincuenta veces es igual el AVE
taladrada en el hilo del rosario,
y es más feliz que tú, Patria suave.
Sé igual y fiel; pupilas de abandono;
sedienta voz, la trigarante faja
en tus pechugas al vapor; y un trono
a la intemperie, cual una sonaja:
la carretera alegórica de paja.

24 de abril 1921

La patria con cuerpo de mujer

Vicente Quirarte

“El mejor elogio que de la vida podamos hacer, dados nuestro ciudadanos modos de vivir, consistirá desde luego en el aspecto y espíritu de nuestra ciudad, que será luminosa y alegre, variada, rica en color, expresiva y solemne, si nosotros somos capaces de vivir luminosa, alegre y solemnemente”. Ramón López Velarde subraya esta frase en el libro *Disertaciones de un arquitecto* de Jesús T. Acevedo, aparecido un año atrás, bajo el sello de Editorial Cultura. Es el mediodía de un día de abril de 1921 en la Cantina la Rambla —avenidas Cuauhtémoc y Chapultepec— en la Ciudad de México.

Vivir la formidable vida de todas y de todos es labor del poeta. Vivir en el cogollo de cada minuto, atizarlo para que el tiempo no nos consuma. Afuera, bajo un cielo restirado, los edificios de departamentos de El Buen Tono, con sus ladrillos rojos y sus calles interiores, vuelven a la Ciudad de México un espacio neutro, que puede estar en cualquier parte del mundo. Dentro de la cantina, entre risas y choques de cristales que habrán de provocar nuevas amistades y detestables reclamaciones, el poeta trabaja. Ha entrado en La Rambla porque el local se encuentra entre su oficina en la Secretaría de Gobernación y su casa en la Avenida Jalisco. Sin embargo, la razón más profunda es que ha encontrado — finalmente— la fórmula para escribir un poema donde suenen, simultáneas y en sordina, emocionadas pero

contenidas, las voces que den testimonio de la nueva ciudad y del nuevo país. Sobre la mesa extiende la hoja que le sirve para escribir: el reverso del nombramiento de profesor que el 16 de abril ha hecho a su nombre José Vasconcelos, y que firma Mariano Silva y Aceves, en su calidad de Secretario del Departamento Universitario y de Bellas Artes. Ante la falta de otro papel, sobre ese ha escrito una serie de palabras, notas que deben insertarse en la sinfonía cuya estructura ya tiene en la mente:

Festín

Puestas las mesas sobre las sillas

Delfín

San Felipe de Jesús

Azúcar cande

Colipavo

Chuparrosa

Estrenar dobleces

Rompope

Ajonjolí

Garañón

Tigre, signo del infinito, ochos

Cajas, hilos de carretes, pajaritos, esqueletos...

Con la proximidad de los festejos conmemorativos de la consumación de la Independencia, se soltará la rien-

da lírica de los recitadores de plaza, de quienes piensan que el vigor poético reside en la laringe. El patriotismo será pretexto para que los poetas —o los que así se autodenominan— expresen sentimientos que pueden aplicarse a cualquier otro país. Para evitar este artificio, López Velarde ha escrito, a manera de una partitura que lo ayude a no perderse, el ensayo “Novedad de la patria”. ¿Y la ciudad? Si en su vasta contradicción se resumen todas las contradicciones nacionales, ella será la que determine la duración sacralizada de la provincia y la transgresión torturada de la capital. Mientras bebe con los ojos la copa de jerez que casi no ha probado, el poeta se hace la pregunta que encierra una respuesta: ¿cómo torcerle el cuello a la epopeya sin matarla, del mismo modo en que el doctor Enrique González Martínez, sin dejar de cantar, lo hizo con el cisne?

*

Dentro del canon de la poesía que enfrenta el desafío de cantar el paisaje, la nación, la identidad, *La Suave Patria* de Ramón López Velarde ha sobrevivido 100 años. Un siglo en el cual sus estrofas se han incorporado a la cotidianidad, han sido explotadas por políticos oportunistas, han servido para clasificar apresuradamente a su autor con el ambiguo título de poeta de la patria. Pero también

periodo amplio y necesario para descifrar y aquilatar los múltiples niveles de lectura de un poema cuyos lectores no habían nacido en el momento de su composición.

Los 100 años de la muerte de Ramón López Velarde son también los 100 años de la publicación de *La Suave Patria* en la revista *El maestro*, dirigida por José Vasconcelos y dedicada, sobre todo, al magisterio. La muerte prematura, cuando el artista se encuentra en plena ascensión de su talento, suele jugar bromas pesadas, y López Velarde no fue la excepción. La Cámara de Diputados decretó un luto de tres días y los funerales corrieron por cuenta del gobierno. Las opiniones y homenajes coincidían en señalar que el país había perdido al poeta que establecía las bases de una nacionalismo que la Revolución legitimaba como una de sus conquistas. Para la imaginación popular, siempre pronta al sentimentalismo bien intencionado, resultaba conmovedora la imagen del poeta revisando en su lecho de muerte las pruebas de plana del poema. Así como a García Lorca se le consideró por mucho tiempo exclusivamente un poeta de gitanos y cuchillos, López Velarde recibía un reconocimiento inmediato como poeta cívico. La esquila aparecida en la revista *México Moderno* es elocuente del poeta que entonces se quería ver. “Ramón López Velarde, el poeta mexicano por antonomasia, que auscultó con originalísimo talento el ritmo

insospechado de nuestra vida provinciana, llevando una poesía nueva y universal por sus secretos de selección y sus purezas estéticas los latidos de una raza, ha muerto”.

Tendrían que transcurrir varios años para que volviéramos a ver al López Velarde de *La Suave Patria* como el autor de un poema que, fruto de la Revolución, era al mismo tiempo tan revolucionario en la forma como para sobrevivir casi medio siglo a la demagogia del discurso oficial y a la mala buena intención de declamadores y maestros de civismo.

La Suave Patria fue adoptado inmediatamente por una ideología triunfante que, sin embargo, no reconoció la novedad de la patria que le ofrecía el siglo XX, que en México nació simbólicamente con el 1921, año de instituciones y pacificación, de optimismo y de paz. La prueba es que durante los festejos de septiembre de 1921, el poema no fue llevado oficialmente a la tribuna. En cambio, inundaron todos los periódicos las estrofas del poema de Carlos Barrera, “La Ciudad de los cinco lagos muertos”, que resultó triunfador en el certamen organizado por la Comisión de los Festejos:

Vieja y noble
Por los tiempos de los tiempos,
Preceptista de leyendas
Y misterios;

Noble y vieja encubridora
De heroísmos y alborozos, de traiciones y de duelos;
Enigmática y sombría
Con tu aspecto
Muy antiguo
-tan antiguo y tan moderno-;
por tus clásicas mansiones
y tus blancos monumentos;
por el polvo de los siglos que avalora
tus escudos y abolengo;
por la sombra de tus claustros,
y la luz de tus campiñas y la gloria de tus cielos,
y los fastos venerables
que levanten de su tumba los recuerdos,
van a ti sentimentales y románticos mis versos
¡oh ciudad encantadora de los cinco lagos muertos!

Nada en el poema de Barrera denota voluntad de estilo, exigencia adjetival. López Velarde escribe su poema cuando Vicente Huidobro ha decretado la muerte del músculo y la decadencia del adjetivo que cuando no da vida, mata. Gracias a las investigaciones de José Luis Martínez, a partir de las 13 hojitas que contienen el borrador del poema, y que formar parte del acervo de manuscritos de la Academia Mexicana, podemos asistir al taller poético de López Velarde, conocer la primera

versión y ver la manera en que el poeta castigó palabras, combatió la retórica hasta dejar el verso destellante y categórico. La estrofa del poema de Barrera que he referido anteriormente, no se incorpora a nuestra memoria. Nada hay en ella que altere la realidad. En cambio, en el proceso de composición de *La Suave Patria*, cuando buscaba establecer un paralelo entre la duración de la provincia y la de la capital, el poeta escribió inicialmente el borrador

En tu provincia del reloj
las campanadas caen como centavos
y en el aire saludan
a los palomos colipavos

para después llegar al espléndido, deslumbrante resultado:

Sobre tu Capital, cada hora vuela
ojerosa y pintada, en carretela;
y en tu provincia, del reloj en vela
que rondan los palomos colipavos,
las campanadas caen como centavos.

El verso “Ojerosa y pintada en carretela” es un prodigio de síntesis. Gran explorador de la Avenida Madero —“no hay una de las 24 horas del día en que no sienta

mi pisada”, decía—, el poeta evoca las prostitutas que ya desde la República restaurada se paseaban en carretelas abiertas por la Avenida, ante el escándalo de las señoras y la complicidad de las autoridades. En un solo verso califica a la Ciudad de México como la gran cortesana que pasa fugazmente, que instaura su tentador y efímero pasaje basado en el artificio, en el combate contra el sueño. Ojerosa y pintada es la Ciudad de Agustín Yáñez, rescatada por el taxista de su novela que recoge las voces y los dramas de los distintos personajes a los que transporta.

Pocos poetas han tenido, como López Velarde, el privilegio de la ingenuidad. Pero la suya es la ingenuidad del que hace las cosas sin la conciencia de que traspasa sus propios límites. La precocidad de su escritura va de la mano de su ingenuidad vital, y hasta puede decirse que esta última la determina: de esta combinación nacen la angustia y la zozobra que son eje fundamental de su pensamiento.

Aunque resulte pardójico, la ingenuidad política de López Velarde traducida a simplificación contribuye decisivamente a la complejidad verbal y conceptual de *La Suave Patria*, a la superioridad del texto sobre la idea. Creía en el maderismo, y en que los cambios sociales sólo necesitaban buena voluntad, y no la transformación radical de las estructuras. Pero no busquemos en él al adalid revolucionario ni al reaccionario vergonzante. Era, como su admirado Barbey D’Aurevilly, que despreciaba a los

“tribunos de taberna”, un romántico de la política, un anarquista espiritual que defendía sobre todas las cosas la integridad del hombre solo. Por tal motivo, Emiliano Zapata se le aparecía como el nuevo Atila que iba a arrasarlo que la Revolución había levantado en su primera etapa.

La misma ingenuidad aparente mostraba en sus ideas literarias. En una carta a su amigo José Juan Tablada, López Velarde se muestra reacio a las conquistas de las vanguardias, y en particular a la poesía ideográfica que, entre otras muchas cosas, Tablada introdujo en México. El jerezano prefería seguir los impulsos de una música más cercana al son del corazón, sin darse cuenta de que sus juegos lingüísticos, sus adjetivos inusitados, eran fruto de una alquimia más allá del instante en que la concebía. Construcciones como “melómano alfiler sin fe de erratas”, “hipnotismos de color de tango”, “la galana pólvora de los fuegos de artificio”, o pleonasmos deliberados como “el amor amoroso de las parejas pares”, volvían presente los afanes de Góngora por dar carácter eterno a la fugacidad, porque las palabras tengan el peso y la utilidad de las cosas que designan. Tampoco sabía –ni podía saber– que en ese mismo 1921 problema semejantes ocupaban a escritores en otras partes del mundo, que en sus respectivos escritorios trascendían un realismo limitante: un empleado del Lloyd Bank llamado T.S. Eliot hacía del monólogo dramático de un hombre mediocre

el primer poema moderno en lengua inglesa; en Lisboa, un traductor de cartas comerciales que respondía al nombre de Fernando Pessoa convertía sus pasiones más íntimas en patrimonio común. El programa que se trazó nuestro poeta, y que aparece ilustrado a cada momento en *La Suave Patria*, fue “escudriñar la majestad de lo mínimo, oír lo inaudito y expresar la médula de lo inefable”.

La Suave Patria es por ello un poema doblemente revolucionario: primero, porque obliga a mirar al país con los nuevos ojos de la Revolución, democratizando el modo como debemos hablarle. Segundo –y más importante aún–, porque este redescubrimiento de México, esta declaración de amor tiene lugar a través de un poema de largo alcance, cuya retórica no se limita al reflejo inmediato de una ideología. Con López Velarde, la patria vuelve a ser ciudadana, camarada y compañera, no la madrastra rígida y autoritaria en que la habían convertido “treinta años de paz y descanso material”. Desde una crónica publicada el 31 de agosto de 1916, López Velarde censuraba a los que defendían una literatura de “rabias”, y sobre la poesía política dice: “El asunto civil ya hiede. Ya hedía en los puntos de la pluma beatífica de aquellos señores que compusieron odas para don Agustín de Iturbide”.

En principio, podría parecer inaudita la comparación que establecimos arriba entre nuestro poeta, siempre vestido de negro, con aspecto de liberal del si-

glo pasado o “fraile de provincia en la capital” –como lo vio Villaurrutia–, y el dandy Barbey D’Aureilly, el admirador de Brummel que amaba los chalecos de terciopelo y los botones cincelados. Pero quizá el propio Obregón se hubiera arrepentido de los honores al poeta mexicano, de saber que en la segunda estrofa del poema tan celebrado, López Velarde recuerda un pasaje de la rebelión de los chuanes monárquicos y antirrevolucionarios, que Barbey rescata en *El caballero D’Estouches*:

Navegaré por las olas civiles
con remos que no pesan, porque van
como los brazos del correo chuan
que remaba la Mancha con fusiles

Para recordar el pasaje en que los chuanes, encargados de difundir las noticias entre sus partidarios exiliados en Inglaterra, deciden arrojar al mar los remos antes que despojarse de sus fusiles, López Velarde se vale de una serie de transformaciones metafóricas a las que nos tiene acostumbrados. Los remos son fusiles y las olas son calificadas por el adjetivo prosaico “civiles”. Fiel a su tendencia de introducir términos legales en sus poemas para alterar y potenciar lo simple, también nos son familiares sus rimas producto del sentido y nunca del ingenio. La terminación aguda van no implica la búsqueda de otra palabra

para la difícil rima, sino al contrario. La palabra chuan debía estar allí, y el resto de los términos, supeditados a ella. De la misma manera, semánticamente la metonimia “civiles” enfrentada a “fusiles” es la dualidad de la paz y de la guerra, las contradicciones revolucionarias que López Velarde nunca pudo resolver en su ideología política.

Desde los cuadros de caballete de *La sangre devota*, López Velarde había logrado trasladar a su poesía los colores y los sonidos, pero sobre todo el ritmo sosegado de nuestra provincia. Como ha visto Luis Noyola Vázquez, en este sentido el mérito de López Velarde no fue el de introducir temas y colores locales en su poesía, sino cantar la provincia con la profundidad y la verosimilitud que nadie se había atrevido, mucho menos en una época cuando la cosmopolita era el grito de guerra de todas las escuelas y movimientos. En *La Suave Patria* va a continuar utilizando la misma música en sordina pero –lo aclara desde el proemio– el suyo es un poema épico para ser dicho antes que cantado.

Al mismo tiempo que López Velarde, el pintor Saturnino Herrán, su amigo desde la adolescencia en Aguascalientes, emprende esta búsqueda del carácter nacional, en pinturas donde predominan “la delicadeza asordina, la honda cavilación y los asuntos simbólicos”. Del mismo modo en que Herrán busca el retrato interior del indio, y captar sus actitudes y len-

guaje corporal, López Velarde hace de Cuauhtémoc el “único héroe a la altura del arte”, y antes de llenarlo de adjetivos estériles, renuncia al monumento bronceo, lo vuelve humano, lo trae hasta nosotros, lo tutea, nos invita a que lo llevemos en la mano en forma de los hasta hace unos cuantos años heroicos tostones.

López Velarde no fue el primero en mirar la superficie y las entrañas de la patria. Como antecedentes tenía al tumultuoso Rafael Landívar, los paisajes serenos de Joaquín Arcadio Pagaza, el pincel constructivo y cuidadoso de Altamirano, la identificación entre naturaleza y emoción en Othón. Pero nadie había hablado de la patria con la desacralización y la irreverencia de López Velarde; nadie la había querido como a una mujer ni le había comprado trajes tan hermosos, de tanta sencillez y tanto lujo; nadie la había tomado por la cintura para decirle al oído lo chula que era; nadie se había enamorado con tanta ley para hacer de lo nimio un escándalo mayúsculo, como esa estrofa donde la hipérbole deja de ser tal y se convierte en la sensación que todos hemos vivido alguna vez cuando al aroma del cuerpo femenino se une el perfume del vestido destinado a su piel:

Inaccesible al deshonor, floreces;
crearé en ti, mientras una mejicana
en su tapalo lleve los doblesces

de la tienda, a la seis de la mañana,
y al estrenar su lujo, quede lleno
el país, del aroma del estreno.

Como poema de amor, como fiesta de los sentidos, todo en *La Suave Patria* huele, suena y se ofrece a los ojos con ese colorido que el niño Ramón disfrutaba en los puestos de fruta durante la cuaresma. Nadie antes que él –con excepción de Othón en *Idilio salvaje*– se había atrevido a desafiar el dogma romántico del paisaje como un estado del alma. López Velarde lo recuerda, y su yo interviene desde el principio del poema. Pero conforme el poema avanza, demuestra que la naturaleza no entra en nosotros a través de la abstracción del alma sino gracias a la percepción concreta de los sentidos. Un privilegiado instinto primitivo y una aguda percepción crítica se unen para crear un poema de visión panorámica y simultánea del país. Su lirismo épico es en cierto modo el de *Altazor*, que desde su paracaídas contempla el presente, el pasado y el futuro; su visión desde el aire lo emparenta con la que Pellicer dará de América en *Piedra de sacrificios*. Los constantes flash-backs, la confrontación entre la provincia y la capital, la experiencia del pasado, nuestras mitologías, el presente que el discurso construye, el futuro improbable pero esperanzado otorgan al poema esa peculiar

velocidad lopezvelardeana que nos obliga al contrapunto del ritmo y de la frase: la música asordina y sorpresiva nos abruma, para después dejarnos la meditación que provocan los significados, como en la parte donde un edificio verbal se levanta para describir la nimiedad de una pareja que mira los fuegos artificiales.

¿Quién, en la noche que asusta a la rana,
no miró, antes de saber del vicio,
del brazo de su novia, la galana
pólvora de los fuegos de artificio?

Una tarea semejante precisaba no sólo la intuición del poema natural que era López Velarde, sino un conocimiento de la tradición que estaba combatiendo. En la prosa “Novedad de la patria”, el poeta enemigo de explicar sus procedimientos, proporciona varias claves para la lectura de su poema: “En este tema, al igual que en todos, sólo por la corazonada nos aproximamos al acierto. ¿Cómo interpretar, a sangre fría, nuestra urbanidad genuina, melosa, sirviendo de fondo a la violencia, y encima las germinaciones actuales, azarosas al modo de semillas de azotea?” La respuesta a sus preguntas retóricas es, naturalmente, *La Suave Patria*, el poema que no resuelve las contradicciones, sino las desarrolla como punto de partida para comprender el ser mexicano, di-

vidido entre la duda y la fe, la violencia y la paz, la riqueza y su injusta distribución, Europa y el pasado indígena.

De ahí el paralelo que existe entre la escritura del poeta y las preocupaciones nacionalistas de Saturnino Herrán. Entre 1915 y 1918, Herrán firma los lienzos de las criollas, que integran la parte más intensa y propositiva de su producción. Al mismo tiempo, lector voraz, ilustra los libros y revistas de sus amigos escritores, y es con López Velarde con quien encuentra la “afinidad electiva” más estrecha. A través de diferentes idiomas, el pintor y el poeta están buscando lo mismo: el mestizaje que la generación del Ateneo tomó como una de sus banderas fundamentales. La preocupación creciente de Herrán por la arquitectura de la Colonia, que aprendió en las conferencias de Federico Mariscal, es patente en la portada que hizo para *La sangre devota*, una figura femenina en primer término y detrás la Iglesia de Churubusco.

La aparición constante de cúpulas de iglesia al fondo de sus retratos es sin embargo más profunda si pensamos en la dicotomía de López Velarde, la “síntesis de mi propio Zodíaco”: ambas potencias –la Religión y la Mujer– lo disputan para sí. Como en la pintura de Herrán en *La Suave Patria*, la mujer no es un elemento decorativo sino identificación de la figura femenina por excelencia, el símbolo de la identidad nacional. Desde uno de los primeros poemas de *La sangre devota*, López

Velarde ya mostraba su tendencia a invadir los terrenos de la plástica. El poeta que afirma entre paréntesis no tener las armas para lograr la transformación del referente, logra las correspondencias –en sentido baudelairiano– entre el sonido del rebozo de seda y la visión del contraste de los colores neutros enfrentados a la verdura:

Tenías un rebozo en que lo blanco
iba sobre lo gris con gentileza
para hacer a los ojos que te amaban
un festejo de nieve en la maleza.

Del rebozo en la seda me anegaba
con fe, como en un golfo intenso y puro,
a oler abiertas rosas del presente
y herméticos botones del futuro.

(En abono de mi sinceridad
séame permitido un alegato.
entonces era yo seminarista
sin Baudelaire, sin rima y sin olfato.)

¿Guardas, flor del terruño, aquel rebozo
de maleza y de nieve,
en cuya seda me adormí, aspirando
la quintaesencia de tu espalda leve?

En el cuadro *La criolla del rebozo* de Herrán, como en *La Suave Patria*, los símbolos nacionales se encuentran superpuestos y son simultáneos en tiempo y espacio: a espaldas de la mestiza que pone con su desnudez, su rebozo, su sombrero charro “la inmensidad sobre los corazones”, se levanta el Sagrario de la Catedral. Herrán, como López Velarde, quiso hacer realidad el proyecto del jerezano de combatir la idea de que “el gobierno del pueblo por el pueblo no puede citarse frente a unos lindos tobillos”. La siguiente estrofa de *La Suave Patria* podría ser ilustración de *La criolla del rebozo* de Herrán, y viceversa:

Suave Patria, vendedora de chía,
quiero raptarte en la cuaresma opaca,
sobre un garañón y con matraca,
y entre los tiros de la policía.

La patria que quiere López Velarde es generosa, elegante e invitadora, como las chieras cuya voz cantarina evoca Antonio García Cubas en *El libro de mis recuerdos*. La clave de la dicha, para poseerla, nos dice el poeta, es trasgredir toda autoridad, armar el mayor de los escándalos en temporada de veda, en la cuaresma opaca, con una palabra que al mismo tiempo sea lo contrario y le haga eco: la matraca que desde el nombre suena para

retrasar por instantes la llegada inevitable del “trueno del temporal” que todo lo unifica.

¿Comprendieron los poetas contemporáneos de López Velarde la lección de *La Suave Patria*? Su amigo José Juan Tablada, el único que disputaba al jerezano los laureles del poeta nacional, exclamó, según Fernández Ledesma, ante *La Suave Patria*: “¡Qué manera de estrangular la Retórica en el corazón de la Epopeya!”, y en cierto modo Tablada continúa la preocupación por los objetos nacionales en los poemas de “La feria”, algunos de ellos verdaderamente entrañables. Otro amigo común cuenta que López Velarde conoció y escuchó las campanas de barro negro de Oaxaca en casa de Tablada, de donde nació el verso “tu barro suena a plata”.

Los estridentistas convierten a López Velarde en uno de los suyos. Inmediatamente, en el *Manifiesto Estridentista* número 3, fechado en Zacatecas el 12 de julio de 1925, apostrofan: “A horcajadas de este corcel encabritado de la Bufo, filón de oro para el gambusismo de López Velarde, hacemos este grito 13 entre estridente y subversivo”. Como los futuristas italianos, la célula de la vanguardia mexicana hizo de la patria uno de sus temas esenciales. De ahí que Jorge Cuesta, con admirable penetración, señalara en artículo aparecido en 1938: “La Suave Patria no puede ocultar un inconfundible sentimiento `fachista´, que es posible reconocer en

la tendencia nacionalista de la Revolución; es decir, en La suave patria se manifiesta el mismo retorno al instinto, el mismo retorno a la infancia que caracteriza al sentimiento de irracionalismo político contemporáneo”.

Téngase en cuenta que Cuesta hace la afirmación anterior cuando en Europa, el fascismo ha convertido el fervor patrio en una fórmula superficial y hueca para justificar la barbarie y la invasión de territorios ajenos. Un estricto contemporáneo de López Velarde, Fernando Pessoa, escribió en 1933 el poema “Mensaje”, que no obstante su tono críptico, es una visión conjunta de la historia de Portugal.

Con todo el reconocimiento que los Contemporáneos manifestaron por la poesía de López Velarde, no dejaron de manifestar sus diferencias. En el ensayo “Cercanía de López Velarde”, aparecido en la revista *Contemporáneos* de septiembre de 1930, Jaime Torres Bodet critica las que la parecen “indecisiones de estilo” en el poema y afirma: “No deja de ser curioso el hecho de que *La Suave Patria* sea precisamente el poema en que López Velarde, al querer superar las fronteras de su regionalismo –de su comprensión deliciosamente parcial de las cosas–, se haya visto precisado también a disminuir el hermetismo patético de su expresión”. Sin embargo, un par de años antes, a raíz de una polémica con Emilio Abreu Gómez en torno al nacionalismo y el arte de

vanguardia, Jorge Cuesta lo utilizó como el ejemplo más claro de poeta que, con la intención de ser nacionalista, traspasaba los límites de la ortodoxia patrioter.

En 1921, México vivía la realización de su utopía. Álvaro Obregón era el consumidor del movimiento revolucionario, como Porfirio Díaz lo había sido de la Segunda Independencia. Dos años antes, Amado Nervo había abandonado este mundo y el gobierno le había dispensado funerales tan fastuosos como los que había tenido Victor Hugo en Francia. La Revolución consumada buscaba su poeta y expulsaba a los que consideraba contrarios a su marcha triunfal. En las páginas, humildes, de tipografía apretada, de la revista *El Maestro*, apareció un poema titulado “La Suave Patria”, firmado por Ramón López Velarde, poeta y abogado, autor de dos libros de versos, quien formulaba una nueva manera de hablar de nuestra tierra, nuestro cielo, nuestros héroes, para que cada una de estas palabras abandonara el nicho del lugar común y se transformara en “combustible de nuestra fantasía”. Del mismo modo en que Baudelaire había hecho andar sus pasiones en los rieles de la prosa y de la poesía, López Velarde formula su tesis de la épica sordina que se impone para hablar, desde lo más profundo, de un tema tan difícil con el amor, y más particularmente, del amor a la patria. Un amor que le habla de tú a sus próceres, que toma del

talle a sus vendedoras de chíá, que toma las palabras de la tribu para perturbarlas, azuzarlas, quitarles el sueño.

Uno de los mayores logros de la magia lopezvelardeana consiste en que sus poemas dan la impresión de estar escritos en lo que él llamaba la rápido prosa del vivir. Uno de sus poemas tempranos y mejores, “Mi prima Águeda”, comienza con una frase que parece surgida de una conversación familiar: “Mi madrina invitaba a mi prima Águeda a que pasara el día con nosotros”, la cual es rescatada mediante el vuelo estremecedor y misterioso de los versos siguientes: “y mi prima llegaba con un contradictorio prestigio de almidón y de temible luto ceremonioso”. Nuestro poeta era aun seminarista, “sin Baudelaire, sin rima y sin olfato”. Nunca leyó a los poetas de lengua inglesa en su idioma original, pero su genial intuición lo llevó a adivinar los nuevos senderos por los que debía transitar la poesía. En ese espejo se reconocieron poetas futuros como el Francisco Hernández de *En las pupilas del que regresa*, el José Luis Rivas de *Tierra nativa*, el Ernesto Lumbreras de *El cielo o Espuela para demorar el viaje*.

La Suave Patria ha combatido durante un siglo en contra de declamadores empeñados en cantar un poema concebido para decirse. Sin embargo, que no nos indigne la afirmación —presente desde 1921— de que López Velarde es nuestro poeta cívico. Habría que dejar de

pensar en el carácter peyorativo del término y decir que el auténtico poeta cívico es el que lucha por el bien de la polis, y con su trabajo intenta hacer más puras las palabras de la tribu, como reza la exigencia de Mallarmé. En este sentido, tan cívica es la tesis de *La Suave Patria*, como la de Efraín Huerta en *Los hombre del alba*, “Avenida Juárez” y *Amor, patria mía*. Ambos llamados –el de López Velarde y el de Huerta– adquieren su peso íntegro en los momentos actuales cuando –para hablarle otra vez a la patria al tú por tú que nos enseñó el poeta–, “quieren morir tu ánima y tu estilo”. Es cierto: la hora actual tiene vientre de coco, y “no hay respeto ni para el aire que se respira”, pero la poesía va por delante de la acción, y mira más allá del horizonte que el tren de Ramón López Velarde soñó con trasponer un día.

Esta
plaquette,
se editó durante
el mes de mayo de 2021